

ABDERA EN EL CORAZÓN

¿Qué pensaría usted si un día leyera en el diario un aviso con un "se venden ilusiones"? Es probable que un buen porcentaje de lectores crea que se trata de una brima a despegarse en próximas ediciones con otros anuncios publicitarios. O que el avisador es un loco. O que se refiere a una consigna en clave, como las que suelen verse en películas de espionaje o de misterio.

En este caso, *El vendedor de ilusiones* es uno de los siete cuentos de Abdera (Ataher Ediciones, 1989), del ingeniero y maestro en administración de empresas Konrad Ziller: curiosa mezcla ésta, la del economista y su tradicional frialdad con la del escritor que sin alardes ni densidades da una mano a quien necesita una ilusión secreta.

Pero el sistema no acepta ilusiones, por lo que destruye al vendedor, para en seguida abrir un sumario que ventile y dicte justicia sobre el raro asunto. Los testigos son imposibles de encontrar, juntamente porque las ilusiones son secretas. Sin embargo, hay un anciano que está en el momento en que fue allanada la oficina y al que el juez comienza a contar su experiencia. Sin embargo, nadie puede transmitir su ilusión.

"Es creer o no creer. Tener fe o no tenerla. ¿Quién puede creer o tener fe por mí?", pregunta el testigo, recordando sólo que el vendedor en el momento del allanamiento mortal sonreía. "Y quién muere hoy en día".

La sonrisa puede significar una puerta a una ventana por donde se entra sin rumbo hacia adelante. Sin rumbo hacia aquello. Allí estaba la esperanza de flujo del anciano del cuento, para quien la vida se había ido cediendo poco a poco; entonces descubre un tiempo abierto y la posibilidad que creía perdida de enfrentar los caminos también abiertos que se le presentaron.

Siempre transgrediendo el horizonte establecido, los sueños, las fucciones de Konrad Ziller—ciudadano, además, de filosofía—provocan una extraña sensación de descubrimiento. Como si las poetas abiertas por cada cuento permitieran irse con sus protagonistas y encaminarse a otros horizontes más amplios, aunque nunca completamente desgajados de la realidad.

Los cuadros de Guillermo—quizá el mejor hermano de los hermanos—se refiere a un simple y lucido jardín de una casa donde el protagonista vive alrededor del sol que entra por las ventanas, para iluminar su angustia y desasosiego en cada ocasión, quemado y cegado por el astro de su amor. Solo agua decide un buen día ingresa el encajador, con la complicidad de Guillermo, que lo convierte a la mangosta del jardín, con la cual también se reúne, hasta



Los relatos de Konrad Ziller nos permiten encarnarnos, junto a sus protagonistas, hacia amplias fronteras nunca desatadas de la realidad.

que en las plantas de los pies, profectas como todo el cuerpo, emergen pequeños filamentos: al instante le han crecido tallos, para la desesperación del siquiatra que desde hace cuatro décadas lo atiende. Pero el hecho no aturde al jardiner, quien, repitiendo la tarea diaria, le rodea de tierra los pies previamente metidos en un improvisado recipiente.

"Yo lo sé regando ahora, hasta que sus raíces se consoliden y pueda incorporarlo al jardín en forma definitiva", dice el jardiner simple, sin una gota de asombro, sino con la misma ternura que dedica a sus plantas. Así, después de algunos días, lo despoja de sus ropas y lo traslada a una maceta, con un sereno "se cubriendo de hojas" que, por cierto, se cumple. Esto le permite un nuevo nacimiento, esta vez desde la muerte hasta la propia tierra que Guillermo ha preparado, dándole la gran par al amanecer del sol, que ahora pasa definitivamente a otro reino.

Entretanto, el siquiatra toma el lugar del trasplantado, para dedicar como éste sus días a seguir al astro desde las ventanas, conservando también a encapuchado.

Abdera, la isla imaginada por el autor—y que le da título a su leve conjunto de historias—, es un territorio en que un vendedor de ilusiones o un hombre que se transforma en árbol resulta mucho más real que la realidad tradicional.

Anaxagor, un abderiano, fue raptado y traído al continente, y luego hecho prisionero. Desde su celda, hablaba de las cosechas perfectas, del sabor del vino y de la lluvia de su isla surera, ubicada a la altura de Melinka. Una isla quizá de ficción, como seguramente algunos, y que en verdad no sería más que lo que queremos ver y sentir. Pero Anaxagor era real, tanto como el cielo y las estrellas que observó permanentemente desde su ventanuco, para luego reproducirlos en el techo y suelo de la prisión, haciendo sus cálculos en voz alta y sonriendo. Así llegó a dibujar un cuadro que era la totalidad del universo con todo su azulado y previamente estacionado durante los primeros días de su encierro: suficiente para que los carceleros creyeron que Anaxagor pretendía evadirse, por lo que clausuraron la ventana y lo sumieron en las tinieblas. Así, la vida se le fue extinguendo hasta cesar, convirtiéndose en un pensamiento. En tanto, los otros prisioneros, contaminados por Anaxagor a través de un reo viejecito que le escuchó sus hablas, llenaron sus celdas de estrellas y soles, en una increíble libertad.

Si Abdera es la isla encapuchada frente a Melinka, es posible no ubicarla jamás. Pero como estaría construida en el corazón de los hombres, a lo mejor encontramos un reflejo de Anaxagor en nosotros mismos. Podríamos matar. ■

Abdera en el corazón [artículo] Graciela Romero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Abdera en el corazón [artículo] Graciela Romero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)